

cultura por los descubrimientos de la ciencia en otro orden; y ciframos la comodidad de nuestra vida urbana en esa máquina. Pero, su seguridad está aun más amenazada que por las enfermedades y los males de la miseria y el desorden.

No podemos suprimir ni dejar de utilizar con provecho lo que la técnica nos brinda, pero no descansenos nuestra propia seguridad sobre ella. Imaginemos por un instante lo que puede ser la ciudad si de pronto cualquiera de sus funciones mecánicas se paralizara. Lo que puede acaecer a cada momento lo hemos podido apreciar en más de una oportunidad, y en ciudades muy organizadas en este sentido. Se juega con un doble criterio: la máquina depende en su funcionamiento del hombre y no a la inversa, lo que resulta arma de dos filos; y con esto otro, todos estamos interesados en su buen funcionamiento, porque su paralización —en manos de unos— los afecta tanto como a los otros. Pero esto es un juego peligroso del pensamiento y por cierto nada cristiano.

No resolvamos los problemas planteando otros problemas.

No espero que la ciudad sea una Arcadia, ni que debemos con nuestros planos alcanzar la urbe que nos cantan los poetas o los prestidigitadores del urbanismo, o abandonarla por el campo que Virgilio ensalza delicadamente en su "Bucólicas"; no será como en las utopías de Mora, Campanella, Bacon o Fourier... La vida tiene mucho de sufrimiento y es en la ciudad donde más sufre el hombre. Pero si como escribe Maritain: "nunca podrá confundirse con una beatitud en la tierra, ni con una felicidad de laxitud y de reposo", no significa —como él dice también— que "esa misma dignidad invalide el pretexto que esta vida es un valle de lágrimas, cuando se pretende que el cristianismo deba resignarse por eso a la injusticia y tolerar la condición servil y la miseria de sus hermanos"...

La concepción cristiana de la ciudad tiende por sí misma a introducir en este "valle de lágrimas", en esta ciudad, tales mejoras que hagan posible la felicidad terrestre de la multitud congregada en ella, una felicidad relativa, pero real.

Esta felicidad no ha de ser la que predicara Séneca: "no consiste en tenerlo todo, sino en desear nada". Gracian refuta esta debilidad, un tanto platónica, diciéndonos que

esto procede más de una melancólica paradoja que no de un acierto político. Y por lo mismo Maritain añade, con justísima razón: "para dar mucho al hombre debe exigírsele mucho". Es decir, entonces, que el ciudadano de la ciudad concebida cristianamente, a la vez que disfruta de su buena concepción, ha de afirmar su felicidad en su buena organización y gobierno.

Si se impone, como parece ser hoy tendencia corriente, la descongestión de la ciudad por medio de nuevos núcleos en los que aparentemente el encasillamiento y la catalogación parecen primar, no perdamos de vista el ideal de la ciudad democrática, ya no el de la ciudad cristiana, más amplio y caritativo. Aquel ideal de Santo Tomás de Aquino, en su "Comentario sobre la Política": "Carácter sobresaliente de la ciudad democrática es la libertad". Afirmemos, por consiguiente, el principio democrático de la ciudad con la participación del grupo en la administración de ella. Escribe el Santo: "La deliberación es mejor cuando es entre varios y el juicio último es mejor cuando decide una sola persona". Y Maritain confirma: "en este caso, el bien común que se gestiona es el mejor y el más arduo, pues aspira, con las mayores exigencias, a la vida virtuosa de la multitud congregada en unidad".

Muchos ciudadanos se abstienen de intervenir, no digo con obra, ni siquiera con el comentario o la reacción en esto de la administración urbana. Limítanse casi, indiferentes, a pagar sus gabelas y alzarse de hombros en busca de comodidad relativa; bástaless estar tranquilos y en sosiego. Pero, ¿hasta qué punto están asegurados? Decía Sócrates: "El mayor castigo para un hombre de bien cuando rehusa gobernar a los demás, es el de verse gobernado por otro menos digno." No queramos gobernar todos, no pueden hacerlo a un tiempo.

Hay que hacer de la ciudad la "alegría para el hombre" de Bergson; o como nos decía hace poco el urbanista francés Gastón Bardet, filósofo y cristiano, respetuoso del derecho individual que es fortaleza de la ciudad, aludiendo a la persona del ciudadano en cada uno de estos "nuevos barrios" que se idean hoy para descongestionar la ciudad: "petit soleil dans un petit monde"... (pequeño sol en un pequeño mundo).

EMILIO HARTH-TERRÉ.
Arquitecto.